Serie "MOSCOVITA"

N.º 3.

369-E22

Las Maravillas del Plan Quinquenal

Carta abierta a Stalin, del Ingeniero ruso Rossatkevitch

Traducción de L. A. C.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

BIBLIOTECA NACIONAL
0382157

EDITORIAL "SPLENDOR"
DELICIAS 1620 : - : CASILLA 3746
SANTIAGO DE CHILE

1933

Serie «MOSCOVITA»
N.° 3.

LAS MARAVILLAS DEL PLAN QUINQUENAL

Carta abierta a Stalin, del Ingeniero ruso Rossatkevitch

Traducción de L. A. C.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

EDITORIAL "SPLENDOR"
DELICIAS 1626 : — : CASILLA 3746
SANTIAGO DE CHILE

1933

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

Las Maravillas del Plan Quinquenal

CARTA ABIERTA A STALIN, DEL INGENIERO RUSO J. ROSSATKEVITCH

Advertencia.—El interés de este testimonio

El autor de las páginas que publicamos, está expuesto a las venganzas del Gobierno Soviético y a la desconfianza de la opinión europea.

La furia de los dictadores de Moscú es tanto más segura cuanto el ataque es más peligroso.

La desconfianza de los anti-comunistas respecto a un hombre que permaneció durante trece años sirviendo a los soviets parece, al principio, justificada. Pero M. Rossatkevitch no merece esa desconfianza. Por el contrario, le debemos estar agradecidos.

M. Rossatkevitch pertenece, en efecto, a la categoría—mucho más numerosa de lo que se cree—de esos técnicos rusos que se quedaron en Rusia, no porque simpatizaran con el comunismo, sino por necesidad y con el propósito de ser útiles a su país. M. Rossatkevitch es una vícti-

ma del régimen bolchevista; no se ha aprovechado de ese régimen. En vez de doblar la cabeza bajo el yugo, ha preferido quebrarlo y liberar su conciencia de ese peso.

Su testimonio tiene gran interés. M. Rossatkevitch ha visto, vivido, sufrido los acontecimientos de que nos habla. Podemos comparar el cuadro que nos pinta, los sentimientos que expresa, a la idea que, desde lejos, hemos podido formarnos sobre el régimen comunista.

Ahora bien; esta idea y la narración de M. Rossatkevitch, concuerdan perfectamente. Todo lo que él nos cuenta sobre la inanidad del Plan Quinquenal, sobre la impudicia de las acusaciones lanzadas contra los ingenieros, sobre la miseria y la esclavitud del pueblo ruso, el desastre material y moral del régimen, el peligro que, para la civilización, representa ese purulento foco revolucionario, todo eso confirma lo que hemos dicho en nuestros opúsculos: "El comunismo contra los obreros y los campesinos".—"El comunismo en la Escuela".—"El Imperialismo rojo".—"El mundo comunista".

Queda por determinar cómo vendrá el movimiento liberador. Ya que no es posible confundir a toda la nación rusa con los verdugos que la tiranizan, ¿continuarán los gobiernos, los capitalistas, los teóricos burgueses favoreciendo—directa o indirectamente—la existencia de la espantable dictadura que es una amenaza para el mundo entero? Si esto hubiera de continuar así, los países burgueses merecerían el más gran castigo por su ceguera, por su inmoralidad, por su cobardía.

Felizmente, tenemos confianza, como M. Rossatkevitch, en la humanidad contemporánea.

GUSTAVO GAUTHEROT.

CARTA ABIERTA A STALIN, VERDUGO Y TIRANO DEL PUEBLO RUSO

No volveré a la Unión Soviética. Permaneceré en el extranjero. En sí mismo, este hecho, desprovisto de toda novedad, carece de toda importancia en el conjunto de los acontecimientos de la vida de la Unión durante los últimos meses.

Las consecuencias de mi conducta, de mi *ruindad*, son, por otra parte, fáciles de prever. La opinión europea, por una parte, y en el más favorable de los casos, observará una actitud llena de reservas, desconfiada, como es natural, hacia un hombre que ha tenido la desgracia de pasar trece años en el paraíso soviético. Por otra parte, vos, Stalin, me haréis condenar como contumaz a la pena de muerte, decretaréis la confiscación de todos mis bienes, las persecusiones de mis padres, hermanos y hermanas y, todo esto lo declararéis, de seguro, porque yo he "*traicionado la causa de la clase obrera y comprometido la construcción del socialismo*".

Como me es imposible a causa de las circunstancias, presentarme ante vuestro *justiciero y clemente tribunal proletario* para exponer la verdadera explicación de las causas profundas que me han obligado a pasarme al *campo de los traidores y enemigos de la clase obrera*, creo que, en mi calidad de ex-ciudadano del *país más li-*

bre del mundo, mi derecho y mi deber consisten en justificarme por intermedio de la prensa.

Abnegación de los técnicos.—Los 38 años de mi vida los he pasado en Rusia; los 13 últimos bajo el régimen comunista. De los últimos 15 años del régimen zarista, de la Revolución de Febrero y de los acontecimientos de Octubre de 1917, conservo los más vivos recuerdos.

En 1912, entré al Instituto Politécnico de Petrogrado; pero la guerra y la revolución me impidieron terminar mis estudios superiores. Este es el motivo porque solamente pude empezar a trabajar como ingeniero en 1921.

Mi origen es campesino; los tres mejores años de mi vida lo pasé, durante la guerra mundial, en la sección norte del frente ruso-germánico, en calidad de oficial de artillería.

Mi papel de ingeniero comenzó en el momento más difícil de la existencia rusa. El *Comunismo militar* sembraba la muerte por doquiera, y el hambre y la destrucción. El país devastado por los *salvadores*, de todo color, de todos los matices, desde el rojo hasta el verde, presentaba un espectáculo atroz de ruinas, de miserias, de vandalismo. Era preciso, costara lo que costara, poner de nuevo en marcha a la industria destruída, reorganizar los servicios de transportes.

Los ingenieros se veían obligados a abandonar las fábricas y los talleres por el temor, demasiado justificado, de ser estúpidamente ultimados por los emisarios bolcheviques. Privados de todo, aun de las cosas más indispensables, huían por todas partes a través de la Rusia, en peligro constante de ser reconocidos, cogidos y fusilados.

Su suerte cambió, sin embargo. Es preciso recordar el celo con que el Gobierno Soviético y el Partido Comunista buscaron a los ingenieros, las garantías que les concedieron, las atenciones y preferencias que les manifestaron con el propósito de inclinarlos a que volvieran a sus ocupaciones en las fábricas para, así, poder reorga-

nizar las industrias y los transportes. Verdad es que sólo muy pocos ingenieros fueron recuperados; la mayor parte habían caído víctimas de las luchas fatricidas o, no habiendo podido huir a tiempo, asesinados por la Tcheka. Otros habían muerto de tifus o a causa de las privaciones sufridas en su vida errante por la Rusia, buscando como escapar a las persecusiones. Muchos, en fin, no pudieron vencer el sentimiento de desprecio, de repugnancia hacia la política cobarde y vil del Partido y consiguieron pasar la frontera.

La industria carecía absolutamente de materias primas, de herramientas, maquinarias, recursos financieros, personal calificado y competente. Una anarquía completa reinaba en vez de una dirección firme. Por estos motivos los ingenieros rusos pueden estar orgullosos de haber vencido dificultades increíbles y, para esto, fué necesario poseer un heroísmo incontestable e inolvidable.

Mal pagados, (en pleno período de inflación) hostilmente mirados por los obreros y por el Partido Comunista, colocados en detestables condiciones técnicas, aseguraron, a pesar de todo, el resurgimiento del país, y, esto, uniendo su propio destino al poder de los Soviets.

Todo esto lo habéis olvidado, Stalin. Nada habéis dicho de ese trabajo titánico en ninguno de los juicios sobre prebendas, *sabotages* (1) juicios formados contra esos mismos ingenieros rusos a quienes vos mismo habéis acusado de dirigir todos sus esfuerzos a combatir la prosperidad del país.

¿En qué fuente habrían podido beber esos infelices ingenieros la fuerza para trabajar en condiciones tan inhumanas? Muchos de ellos pensaban, sinceramente, que desempeñaban una tarea grande y noble; estaban

---

(1) En los juicios contra los *saboteadores*, el Gobierno Soviético acusa al personal técnico de no trabajar sino con el único deseo de hacer el mayor mal posible a los establecimientos en los cuales trabajaban.

convencidos que su labor favorecía el resurgimiento nacional y libertaba al pueblo ruso de toda influencia infasta extranjera.

Ya que el Gobierno debía volver a poner en movimiento las usinas, reconstruir las minas y los pozos de petróleo, reorganizar los transportes y la obra de mano, ¿por qué no acudir a los ingenieros y obreros extranjeros? El número de nuestros técnicos era inferior a lo que es hoy; y, ¿por qué? Lo sabéis, perfectamente: comprendíais que nadie, sino un ingeniero ruso, querría y podría trabajar en tan terribles condiciones.

Y, sin embargo, en vez de socorrer moralmente a los desgraciados ingenieros rusos, el Partido declaraba cínicamente, que, si los ocupaba, era porque los necesitaba; pero que apenas pudiera reemplazarlos por la nueva generación de especialistas rojos, se desprendería de ellos.

Mientras eran víctimas de tan innoble política, ellos se ocupaban patrióticamente en levantar las ruinas y se esforzaban en utilizar los destrozos. El régimen soviético, entre tanto, desarrollaba sus inevitables consecuencias. Entre los precios de los productos agrícolas y de los productos industriales se producía una distancia que la literatura soviética llamaba "las tijeras". La industria era incapaz de satisfacer las necesidades enormes del país. Era necesario restablecer las antiguas usinas y las vías de comunicación, y, también, crear nuevas. Para ello se comenzó por establecer toda suerte de planes.

La importancia del Plan Quinquenal.—¡Cuánto tiempo y energía gastados en las comisiones, consejos, reuniones, conferencias, congresos! Al fin se pudo tener un plan real y equilibrado para cada rama de la industria y, que, a la vez, se adaptara a la situación económica del país y a sus posibilidades.

Pero queríais algo más y diferente de un plan serio y realizable. Necesitabais un plan que, con sus perspectivas colosales, encantaría a las masas populares y llena-

ría de asombro al mundo capitalista. Y, con tal fin, nos propusisteis elaborar un *Plan Quinquenal* cuyas proporciones revelaban inmediatamente vuestras intenciones exclusivamente políticas.

Personalmente tomé yo una parte muy activa en la elaboración del Plan Quinquenal para el Extremo-Oriente. Tuve, con este motivo, la oportunidad de conversar con varios autores de planes parecidos destinados a diferentes ramas de la industria soviética. Todos alimentaban la misma convicción: el Plan era ireal e irrealizable.

¿Cómo trabajaron los autores del famoso Plan? Sin estudiar de antemano las bases económicas de los proyectos de construcciones, sin preocuparse de las ramas afines de la industria, sin tomar en cuenta nada que no fuera las indicaciones y órdenes recibidas de arriba.

Antes del Plan Quinquenal lanzabais órdenes, desparramabais promesas cuyo objeto era engañar al pueblo ruso únicamente. El Plan Quinquenal constituyó un *bluff* internacional destinado a mistificar, a engañar la opinión de toda la humanidad. Pensabais que, de este modo, os sería más fácil obtener créditos en los países capitalistas, justificar la exportación de los productos rusos a precios fabulosamente bajos, imponer nuevas cargas al pueblo y, lo que es más importante para vosotros, disfrazar siquiera por tres años más, vuestros verdaderos designios, ocultarlos al pueblo ruso y al mundo entero.

Desgraciadamente, creo que os habéis equivocado. Hay aún en Europa políticos y economistas a quienes las mentiras soviéticas impiden comprender la verdad. Estos personajes se esfuerzan por leer en las borras de café si el Plan Quinquenal se realiza o no. Sin embargo, el primer año del Plan ha confirmado las predicciones más pesimistas de sus redactores. Sus autores estimaron, razonablemente, las condiciones en las cuales debían efectuarse los trabajos. A pesar de esto, la mayor parte de

los trabajos previstos para el primer año, fueron dejados para el segundo. El primer año era, sin embargo, el más favorable para la construcción: las crisis de la mano de obra, del material y de dinero no parecieron, en efecto, graves, sino mucho después.

El número de los proyectos del segundo año que se han dejado para el tercero, es enorme. En 1931, muchos *trusts* no han comenzado aún lo que hubieran ya haber terminado. Antes del Plan, con todo, ya producían, esos mismos *trusts*, más y mejor. Si gran número de nuevas usinas se han construído, permanecen sin ser equipadas.

Bajo el pretexto de crear "poderosos organismos industriales", cuya construcción tropezaba con increíbles dificultades, habéis condenado otras fábricas a una destrucción completa. Y, con vuestra "semana continua", acabáis de gastar las maquinarias con un trabajo dividido entre equipos, lo que hace imposible toda reparación y necesaria revisación.

A los extranjeros que visitan la Unión les mostráis las "Colosales habitaciones obreras" de Moscú y de Kharkow; pero os cuidáis bien de decirles que el conjunto de los alojamientos se destruyen por falta de madera, de clavos, de fierro galvanizado, de pintura, de materiales de reparación, de vigilancia y de cuidado.

Por otra parte, ¿estáis satisfechos con los resultados obtenidos en las nuevas usinas que han comenzado a ser explotadas? Algunas de ellas son viables, bajo el punto de vista técnico y económico; pero éstas son raras excepciones. Ordinariamente vuestras construcciones, a pesar de los gastos que sobrepasan vuestros cálculos primitivos, padecen de numerosos errores: su ubicación, por ejemplo, ha sido mal elegida; las empresas afines no existen; la mano de obra y el personal técnico, falta, etc., etc. Con la mejor maquinaria, el precio de costo es más subido y las piezas desechadas aumentan.

Vuestro "método" de construcción es, por otra parte,

inimaginable para cualquiera que vive fuera de la U. R. S. S. Vuestros ingenieros deben redactar gruesos volúmenes sobre cada cuestión propuesta. En seguida, innumerables instituciones y organizaciones "inspeccionan" y "controlan". De todo esto resultan retardos constantes en la ejecución de las preparaciones técnicas. Y, para esta ejecución, faltan técnicos, material, dinero, sin hablar de las condiciones de vida de los obreros, condiciones que son verdaderamente espantables.

Y el Jefe de la empresa ¿cómo es tratado? Tiene que soportar interrogatorios y evacuar informes de la Guepeú y de la Comisión de Control del Estado y de la Inspección Obrera y Campesina. A menudo, se le inicia un juicio "ejemplar", es decir, un juicio bárbaro, cuyo fin es servir de advertencia y de amenaza para todos los demás jefes que, así, ven lo que se les espera.

Los juicios hacen pesar sobre el acusado la responsabilidad de todos los errores y faltas producidas por vuestro sistema insensato.

El martirio de los ingenieros.—Vuestra política estúpida, sobre todo la de los tres últimos años, engendra la miseria y la anarquía. Durante el invierno de 1930, en la época de los famosos éxitos de la colectivización, toda la Rusia presentía ya el hambre que se acercaba. En vez de reconocer que la escasez era ocasionada por vuestra actitud con la clase campesina, procedisteis a tomar presos a los mejores especialistas, a aquellos cuyo único crimen era su origen burgués y haber ejercido funciones en tiempo del régimen zarista. Decapitando vuestros principales *trusts* de alimentación y de aprovisionamiento (Uniones de la carne, de los pescados, de las frutas y legumbres, de las conservas, etc.), habéis fusilado, sin juicio alguno ni encuestas, cuarenta y ocho personas absolutamente inocentes.

¿Cuál es la culpa de esas víctimas? Que vuestra colectivización impulsó a los campesinos a exterminar

su ganado y sus aves domésticas; que vuestros servicios de aprovisionamientos en carnes y vuestros frigoríficos, no servían para nada, por ese mismo motivo, que los obreros sufrían, por lo tanto, a causa de la colectivización. Hubierais podido aliviar noblemente la crisis entregando una parte de los productos destinados a la exportación, al consumo interior; pero lo que habéis hecho es arrancar de la boca del hambreado pueblo ruso los alimentos necesarios para exportarlos a vil precio.

¿Han mejorado las cosas porque habéis sacrificado en aras de un pueblo hambriento a esos 48 desgraciados? ¿Quién ha podido creer en vuestras mentiras?

La prensa corrompida que recibe vuestras órdenes ha podido sostener, junto con ese verdugo honorario que es M. Gorky, que las víctimas son culpables. Por mi parte me siento obligado, y es mi deber, a gritar de manera que todo el mundo me oiga, que vuestras acusaciones contra esos especialistas no son, Stalin, sino innobles calumnias, que el solo hecho de haber ultimado, sin juicio alguno a esos inocentes, es una vergüenza para la humanidad civilizada. Yo trabajé con varios de esos fusilados. Cientos de especialistas y de comunistas podrían, como yo, certificar el trabajo intenso, a menudo sobrehumano, que ejecutaban con la más completa abnegación, esforzándose en vencer las dificultades acumuladas por vuestra política insensata e inepta.

Yo tomé parte en una de las últimas reuniones que tuvieron lugar antes del arresto de los miembros del Consejo Técnico del *Comité frigorífico*. Eramos siete: el profesor Riasantzeff A. B., los ingenieros Karpenkoch, Estrine S. G., Tichotzy K., Chapochnikoff S. D., Levandowsky B. H. y yo. En la orden del día estaba inscrita la organización de la construcción de los frigoríficos de Kamtchatka. Como de costumbre, nos animaba un

solo sentimiento: encontrar para el pueblo ruso la mejor aplicación de los medios de que disponíamos.

Mes y medio después, encontrándome en el extranjero, supe con espanto que, de todos los miembros de esa comisión, yo era el único sobreviviente. Los especialistas más eminentes de la industria frigorífica habían sido despiadadamente fusilados, por vos, el verdugo. ¿Quien los reemplazará? ¡Cuántas maldiciones no merecéis!

Durante el año de 1930, los técnicos, los intelectuales de la Unión, presentían el infame proyecto que el Partido maduraba contra ellos. Muchos de sus colegas habían sido ya arrestados. ¿Por qué? Nadie podía explicarlo. Se notaba, solamente, el caos que reinaba en la dirección de la "Construcción" y de la industria, y el completo fracaso del Plan Quinquenal. Los ingenieros pensaban que los intelectuales rusos pagarían, como en los años anteriores, por las faltas y los errores de la dirección comunista!

El año 1930 fué el año más difícil después del "comunismo militar", y, sobre todo, el más penoso en lo que concierne a la presión que se ejercitaba sobre cada trabajador. A pesar de los choques, de las persecusiones, de las injusticias de todas layas, de los "barridos" (1) que el Gobierno y el Partido multiplicaron con relación a los intelectuales, el ingeniero ruso continuaba trabajando con incansable energía.

En el frente económico, las dificultades se agravaron con las luchas producidas en el seno del Partido. Los miembros del Partido dirigían los *trusts* y los diferentes organismos industriales, huían de las responsabilidades,

---

(1) Por los *barridos* la lealtad del personal es verificada, se examinan minuciosamente las opiniones, el origen y la biografía de cada uno. Se procede a una especie de confesión pública cuya exactitud es, en seguida, verificada en gruesos expedientes por comisiones especiales. Estos *barridos*, naturalmente, proporcionan expectativas sin límites, a la arbitrariedad.

sacaban el cuerpo a las órdenes precisas, perdían el tiempo y el dinero.

Todas las ramas de la economía nacional se precipitaban a la catástrofe; "Esto no puede durar así! El país corre a su pérdida!". Entonces, merced a vuestro régimen de espionaje, de hipocresía y de traición, quedasteis aún, victorioso. En el silencio de las *células* y de vuestras oficinas, fueron suprimidos los miembros del Partido que no estaban de acuerdo con vos sobre la "línea general". Para ocultar al mundo el escándalo de vuestras querellas intestinas, para impedir que el pueblo ruso se arrojara sobre los verdaderos éulpables del hambre y del caos, inventasteis el famoso "Proceso del Partido Industrial".

Desde hace trece años, estáis empeñados en destruir en la población todo sentimiento moral, todo sentido del honor. Habéis creado en la G. P. U. servicios especiales llamados "económicos" y que están encargados de burlar el espionaje y la contra revolución económica; los datos que proporcionan esos servicios y, especialmente, el servicio de investigaciones en la industria y en los transportes, os permiten, ya sea levantar hasta las nubes a los técnicos intelectuales, ya sea cubrirlos de barro, proclamarlos culpables de todos los crímenes por más absurdos que éstos parezcan.

Estoy seguro de todo lo que digo; durante algunos años fuí director técnico en varias usinas y después trabajé en calidad de ingeniero jefe en dos grandes *trusts*. Tuve la desgracia de ver demasiado cerca para poderlo conocer bien, el sistema de espionaje y de denuncios sobre el cual se encuentra basado vuestro poder. Este sistema comprende a todos los jefes, miembros del Partido o no, y a todos los trabajadores comunes. Es tal el método y la organización de que dispone que, a su lado, la inquisición española es una insignificancia y no me-

rece sino una sonrisa irónica el recuerdo de la policía zarista.

Se puede sostener que, si en cualquiera institución de la U. R. S. S. se reune un grupo de 4 o 5 personas, se encuentra entre ellas un *sekot*, un colaborador secreto de la G. P. U. Ni la edad, ni la situación social impiden desempeñar ese papel. ¡Con qué angustia recibía la noticia que tal o cual persona por quien hasta entonces tenía estimación, se había visto forzada, amagada con la deportación o la muerte, de informar a la G. P. U., y cada diez días, sobre la conducta de sus colaboradores subalternos!

¿Cuál será la amplitud de las informaciones transmitidas a la G. P. U. por todos los *rabkors*, (obreros, corresponsales de la prensa), por todos los miembros del Partido, por los innumerables *sekots*?

¿Quién podrá comprender el estado de alma del ingeniero soviético que, cruzando por los talleres, siente como espían cien ojos todos sus movimientos, cómo cien oídos tratan de pescar cada una de sus palabras y esto para en seguida interpretarlo todo a su sabor y deducir consecuencias adecuadas para despertar el interés de la G. P. U.?

Recordando hoy las condiciones de nuestro trabajo después del "Proceso de los mineros en 1928, voy a exponeros cómo el Partido nos empujaba, cómo se escogían las víctimas, cómo se organizaba el "Proceso de los saboteadores".

Un ejemplo: el trust de Kamtchatka.—Antes de la comedia del *Proceso del Partido Industrial*, yo trabajaba en el Extremo-Oriente en calidad de ingeniero en jefe de la Sociedad por acciones de Kamtchatka. Estaba encargado de dirigir los trabajos de construcción en curso y de preparar los de la *Construcción* del año siguiente. Para facilitar la ejecución del programa de la *Construcción* la Sociedad tenía usinas particulares en Vladivos-

tok y, también, aserradurías, establecimientos para secar madera, etc.

Los ingenieros, los técnicos, los contramaestres y obreros eran insuficientes y faltaban, además, los materiales más indispensables. La responsabilidad de los jefes y las exigencias que debíamos satisfacer, eran enormes, como siempre; era menester trabajar con una intensidad extremada, 12 y 14 horas diarias.

Dirigía el trabajo de mi sección un tal Nalbandov I. K., que os era bien conocido, Stalin, por sus actividades como procurador en Extremo Oriente y en la Cheka siberiana. Era el tipo más vil que yo he encontrado en mis últimos años en U. R. S. S. Como miembro del Comité de administración, dirigía el trabajo de la sección técnica y, de la marina. Intrigante consuetudinario, denunciaba al G. P. U. y al Control de Estado de la Inspección Obrera y Campesina, los más insignificantes defectos, las naderías inevitables que ocurren en cualquier trabajo y que observaba en las otras secciones que no dependían de él, mientras que, en sus propias secciones, reinaban el caos y las más bajas intrigas.

El conflicto militar con China había llegado a su período álgido. En mi sección, además del difícil trabajo corriente, era necesario elaborar los proyectos de la *Construcción* para el año siguiente. Para ello necesitaba *diez* ingenieros y no tenía sino cuatro, contándome yo entre ellos. A pesar de ello, Nalbandov me dió la orden breve, categórica, de destituir inmediatamente a M. X... joven ingeniero especialista en frigoríficos, alumno de la Escuela Superior Técnica del Extremo-Oriente en Vladivostok.

El ingeniero X... estaba encargado de redactar urgentemente los proyectos para un frigorífico en Kamtchatka y era casi imposible poderlo reemplazar en un momento. El día siguiente, cuando encontré a Nalbandov, lo interrogué sobre los motivos que había tenido

para despedir con tanta precipitación al joven X... Le agregué que yo tenía orden escrita, personal, en la cual se me exigía, bajo mi entera responsabilidad, que mandara a Moscú el proyecto del plan de la nueva *Construcción* para el año próximo, y esto en el menor tiempo posible; cosa muy importante, pues de ese proyecto dependían los eréditos destinados a nuestra Sociedad para el año que iba a comenzar.

Insistí sobre la necesidad de dejar al ingeniero X... por algunos días más, hasta que hubiera terminado su trabajo.

Solamente obtuve una respuesta: "Si usted no ejecuta inmediatamente mi orden, me veré obligado a tener una pequeña conversación con usted y en otro lugar", esto es en la G. P. U.

De vuelta a mi sección, puse en conocimiento de M. X.... la orden que había recibido y le rogué que pasara a la Caja. Fueron inútiles todos los esfuerzos que hizo para conocer los motivos de su destitución. Nadie se los dió a conocer aunque para ello se dirigió a las organizaciones profesionales o administrativas o del Partido.

Algunos días después, Nalbandov despidió a un ingeniero de las construcciones navales, M. Y.... que, en mi sección, corría con todas las reparaciones de los buques; y esto no lo vine a saber sino después de sucedido y al día siguiente. Cuando me topé con Nalbandov, le hice presente que la destitución inmerecida del ingeniero Y.... me ponía en situación de no poder seguir reparando los buques; le agregué que, si por algunas importantes razones, era necesario despedir a M. Y....., debió, a lo menos, tomar en consideración su labor considerable e invitarlo a que presentara él mismo su renuncia para que, así, le fuera posible encontrar empleo en otra parte. La contestación que recibí fué clara: "Abandonad vuestras

delicadas costumbres de intelectual; no conviene tener compasión a nuestros enemigos de clase...".

Algún tiempo después, recibí la orden, siempre por intermedio de Nalbandov, de despedir a un constructor de más de 50 años de edad. Este técnico tenía una excelente reputación y ejecutaba en nuestra Sociedad, desde más de tres años, los dibujos para la *Construcción corriente*. Me empeñé infructuosamente con el Presidente de la Sociedad y con varios miembros del Consejo de Administración, con el fin de que me lo dejaran en su puesto. En todas partes recibía la misma respuesta: "Si Nalbandov insiste, someteos. Si no lo hacéis así, ¡cuidado!".

No podré olvidar la triste cara de ese desgraciado que conocía bien todas las funestas consecuencias de su precipitada destitución.

Todo el personal técnico sufrió profundamente por la separación del compañero y, como era natural, la eficiencia del trabajo descendió verticalmente; nadie estaba seguro de lo que podría ocurrirle mañana.

Casi inmediatamente después de este suceso, mis colaboradores me advirtieron que, en una reunión llamada de *Control de la Producción*, en la sección marítima, Nalbandov había hecho una exposición sobre la marcha de los trabajos de reparación de los buques, y había dicho delante de todo el personal presente, técnicos y simples obreros, que todos los esfuerzos para mejorar el trabajo y aumentar los resultados, eran, por desgracia, desbaratados por el *Sabotaje* premeditado y por el evidente deseo de perjudicar al personal técnico, y esta oposición era encabezada por Rossatkevitch, por mí mismo.

En vista de esta información declaré a M. Nalbandov que el trabajo urgente me había impedido asistir a la reunión de *Producción de los colaboradores de la sección marítima* y que, por consiguiente, no había podido defender mi trabajo y el de mi sección de las injustas acusaciones que se le habían hecho. "No valía la pena, me res

pondió. Cada obrero sabe y ve que, a pesar del proceso de los mineros (1), los *saboteadores* pululan y continúan en su obra nociva con más ardor y en una escala mayor".

Ante mi exigencia de que me indicara algunos ejemplos concretos, M. Nalbandov me declaró que, él mismo, personalmente, y los obreros, estaban descontentos con la marcha demasiado lenta de los trabajos y que se extrañaban de no ver que comenzara con la construcción del deslizador destinado a subir y a echar al agua las canoas automóviles que llegaban a Kamtchatka. Le contesté que, en su calidad de director de la sección técnica, debía estar al corriente de las dificultades: los equipos de carpinteros encargados de construir los depósitos indispensables se veían obligados a permanecer a brazos cruzados, a menudo por varios días, porque no podían proporcionárseles clavos o porque, cada día, los materiales y la mano de obra eran ocupados por el departamento de la guerra en la reparación de los cuarteles ruinosos, reparaciones que eran urgentísimas, pues, las tropas no tenían donde invernar. Las herramientas y útiles indispensables faltaban en los depósitos del Estado, y, cuando se encontraban en los almacenes privados, el gobierno prohibía que se compraran. A pesar de todas estas dificultades, el trabajo marchaba tan ligero como era posible y yo garantizaba que todo estaría terminado oportunamente en todas las construcciones, lo mismo que los motores para la pesca de la primavera. En cuanto a la construcción del deslizador, yo he declarado desde un principio y lo repito aún hoy, después de haber consultado a varios especialistas, que eso no significa más que un gasto de dinero inútil e insensato. En efecto, la construcción del deslizador en el sitio indicado por Nalbandov incomodaba, en

---

(1) Proceso de 1928 al cual me he referido más atrás. Los principales jefes de la industria minera y los mejores especialistas fueron acusados de *sabotaje* y condenados con diversas penas. Algunos de ellos fueron ejecutados.

primer lugar, al cargamento de los vapores y, en seguida, es una construcción extremadamente desventajosa, porque su costo subirá a 20,000 ó 25,000 rublos, en tanto que, si se suben y bajan las canoas automóviles directamente de los buques sirviéndose de un pescante ordinario, el costo no subiría de 1,000 a 1,500 rublos al año. Además como la administración debe abandonar Vladivostok el año próximo para instalarse definitivamente en Petropavrosk (Kamtchatka), el terreno ocupado en Vladivostok por la base de la Sociedad, se iba a destinar al ensanchamiento de las *Usines del Extremo-Oriente*.

Fueron inútiles todos estos razonamientos. "Yo veo que usted, me declaró Nalbandov, es un *saboteador* que desea causar perjuicios a toda costa. Ud. quiere comprometer la reparación y el reequipo de nuestra marina mercante y, por consiguiente, trata de producir el fracaso del Plan Quinquenal. *Es una prueba evidente de su deseo de apoyar a los pescadores japoneses*".

Estas controversias no tenían lugar en privado sino en presencia de personas adictas a M. Nalbandov, de colaboradores de la sección y de algunos visitantes.

El Comité de Administración, que se reunió después de esta conversación, me invitó, por insistencia de M. Nalbandov, a comenzar sin más demora la construcción del deslizador.

Durante los trabajos preparatorios, las canoas automóviles que llegaban de Kamtchatka eran, por orden mía, armadas y colocadas con ayuda de un pescante. Eso no costaba mucho.....M. Nalbandov y el Consejo de Administración, en vista de esto, no insistieron en la construcción del deslizador.

Sin embargo, la atmósfera estaba caliente. Los empleados continuaban descontentos porque la construcción de las nuevas oficinas permanecía en suspenso. Los obreros estaban indignados por el rechazo de la administración en costear los *trajes especiales* para el trabajo de la tem

porada de invierno. La madera y los clavos seguían escaseando y, a los absurdos procedimientos de la administración se agregaban las dificultades de la situación producida por la guerra con China.

Los agentes de M. Nalbandov se esforzaban en hacer creer a los obreros que yo era el culpable de todo lo que pasaba. Un proceso de *sabotaje* y de actividades perjudiciales, por más inepto que fuera tratándose de mí y de mis colaboradores, podía ser bien recibido por la opinión maliciosamente preparada. Se comprenderá, pues, fácilmente que una sola idea nos animara a todos nosotros: zafarnos lo más pronto posible de ese lodo hediondo y peligroso.

Pero a todas mis peticiones de renuncia, se oponía la misma respuesta: "Si abandonáis vuestro puesto, la G. P. U. encontrará siempre la manera de haceros volver a él. Sabéis que nos faltan trabajadores. Vuestros propósitos no son, pues, sino una prueba de vuestras intenciones de *sabotage*".

Para completar el panorama, agregaré que estaba obligado a pasar largas horas en la G. P. U. y en el R. K. I. (1) para dar explicaciones sobre los cientos de cartas y denuncios de los *Rabkor* (2) y de los *Seksot*, sobre los artículos estúpidos del *Periódico mural* (3) y del diario local cuyas acusaciones provenían de los *amigos* de M. Nalbandov.

M. Nalbandov consiguió, también, merced a cobardes intrigas, reemplazar al antiguo Consejo de Administración, formado por personas enérgicas, serias, conocedo-

---

(1) Central de Estado de la Inspección obrera y campesina.

(2) Corresponsal obrero que debe denunciar a todos los que le parecen sospechosos.

(3) El *Periódico Mural* es un diario manuscrito pegado en los muros de un establecimiento cualquiera. Sus artículos, ordinariamente anónimos, son redactados por los colaboradores de ese establecimiento.

ras del Extremo-Oriente y de Kamtchatka, por su nuevo Consejo enteramente incompetente: su Presidente fué un antiguo peluquero, fiel chekista; pero un incapaz. Los otros miembros, todos chekistas meritorios y seguros, personajes de un pasado obscuro, no tenían más méritos que ser abnegados chekistas.

¡A quién, pues, se podía acusar de saboteador?

Era, sin embargo, necesario encontrar, costara lo que costara, un culpable, pues, en parte alguna la vida era más difícil que lo que lo era en Extremo-Oriente y en Kamtchatka. La provincia, antes la más rica, la más floreciente de Rusia, era hoy una región devastada y hambrienta!

El Proceso del Partido Industrial.—La vida de los ingenieros rusos, por otra parte, era igual en toda la Unión, como pueden testificarlo los dirigentes y los simples obreros.

Los técnicos, los obreros y los campesinos rusos que, en número tan crecido conocen vuestros métodos políticos y vuestros hábitos de inquisidores, saben cómo habéis conseguido, en el último proceso contra los presuntos *saboteadores*, poner en los labios de los acusados las *confesiones sinceras*: esto lo conseguisteis mediante la ayuda de cierto profesor rojo cuya conducta equívoca y cuyas maneras de provocador eran suficientemente conocidas de los especialistas, quienes trataban de apartarse de él. Individuos de esta calaña se encontraban colocados estratégicamente en todo el territorio de la Unión, ya sea por ambición, ya sea amenazados por el fusilamiento o la deportación, permanecían en contacto con la G. P. U., y con la dirección del Partido; no se sentían amarrados ni por las desgracias ni por los cadáveres de sus camaradas. Siempre activos entre los más activos, siempre situados en posición expectable, mostraban una fe inalterable y, aparentemente, sincera, en la exactitud de la *línea general de la política del Partido* y su ardiente fide

lidad a la clase obrera. Gracias a su *talento* y a su experiencia, ejecutan las órdenes mejor, aun, de lo que la misma G. P. U. hubiera podido desearlo, lo que no es poco decir. Solamente, olvidaban que la G. P. U. les reservaba la suerte de todos los provocadores: una vez que dejaban de ser necesarios o útiles, una vez que las circunstancias lo exigían, la G. P. U. se desprendía de ellos y los trataba con la misma cobardía y crueldad que ellos habían tratado a sus víctimas.

El proceso reciente del *Partido Industrial* fué repugnante, pues, ¿qué otro sentimiento que el de la más profunda repugnancia podían merecer los testimonios (1) de M. M. Ramzine, Osadtchy y Scheis!

No podéis, Stalin, arrojar la responsabilidad de las miserias rusas sobre los ingenieros, pues, nadie en Rusia, ni aun el más simple gastador (2) ignora que el ingeniero, privado como está de toda influencia política, no es sino un instrumento dócil entre las manos del Partido. Como estabais en conocimiento que vuestros acusados habían hecho un viaje de estudios a París y que, antes de la revolución, habían sido empleados en las grandes industrias, se os ocurrió que los capitalistas rusos emigrados, apoyados por las potencias occidentales, se aprestaban para derribar el Gobierno Soviético y a restablecer en Rusia el régimen capitalista. La evidente estupidez de tal tesis no hace honor, por supuesto, a la G. P. U.!

Podemos, pues, afirmar que los colaboradores más capaces y experimentados de vuestro *Aparato* (3), por

---

(1) En francés se dice, *dépositions*, esto es, deposiciones, y, en realidad, es el nombre que les corresponde.

(2) En francés: *pionnier*, así se llama el miembro de los clubes comunistas para niños de 10 a 15 años.

(3) El *aparato* es todo el sistema gubernamental, comprende todos los órganos administrativos y del Partido; órganos controlados por la Oficina Política del Partido que, a su vez, es dirigida por Stalin.

la falta de confianza que llegó a tenerse en ellos, eran reemplazados por jóvenes ignorantes, comunistas en su totalidad; pero ignorantes e incapaces.

La colaboración extranjera.—Verdad es que pensáis reemplazar a los especialistas rusos por extranjeros; pero, si el ingeniero ruso, acostumbrado desde hace trece años con vuestro régimen, no podía, en todos los casos, ocupar un puesto directivo, ¿cómo podría ser reemplazado por un especialista extranjero que no conoce ni la lengua del país?

Al ingeniero ruso lo aplastáis con un trabajo abrumador, le tomáis todo su tiempo, no le concedéis ni la posibilidad de poderse perfeccionar en su especialidad haciendo, por ejemplo, que pudiera llegar del extranjero la literatura científica y técnica necesaria y, hoy decís cínicamente que os veis obligados a recurrir a los especialistas extranjeros, porque el ingeniero ruso no se encuentra a la altura de la técnica contemporánea!

A los especialistas extranjeros no se les exige sino un trabajo limitado y se les ofrece condiciones de trabajo infinitamente superiores. Pero es siempre al desgraciado ingeniero ruso a quien acusáis de preconisar y de preparar la intervención de las potencias extranjeras en Rusia!

Sabéis demasiado cómo pueden ser compradas las conciencias humanas. Muchas veces me he imaginado ver la sonrisa diabólica que iluminará vuestra cara astuta de asiático cuando leéis en la prensa extranjera la narración que los extranjeros que trabajan o vagan en Rusia, hacen sobre las *excelentes impresiones* que han recibido, sobre su *asombro* ante *el ritmo desconocido en la historia de la industria y el vuelo grandioso de las construcciones soviéticas*, sobre el entusiasmo de las masas populares, etc., etc.

Esos técnicos extranjeros comprenderán luego, sin embargo, que se les ha invitado a ocupar el lugar de inocentes ingenieros rusos deportados o asesinados sin

defensa alguna, conocerán las terribles condiciones del trabajo y de la vida en la U. R. S.; verán que su cooperación sirve para crear una mazmorra para Rusia, en primer término y, en segundo, para todo el mundo. Confío en que, ante tales acontecimientos y expectativas, sobrecogidos por la indignación, romperán sus contratos ventajosos y huirán de vuestro *nuevo paraíso*.

Vos mismo, Stalin, habéis declarado a los obreros del mundo entero que *toda la clase de los intelectuales rusos trabaja en los Soviets como un ladrón hipócrita y disfrazado que se enrola en el servicio de un particular con el propósito de robarle. Y, como es necesario justificar* esas palabras, intensificáis la caza a los ladrones y a los *saboteadores*. Pero, ¿cómo pueden, aún, trabajar así los técnicos? Por más abnegados y hermosos sentimientos que los animen, tarde o temprano se les declarará *culpables* y serán entregados al verdugo.

He aquí el motivo por qué permanezco fuera de Rusia. Prefiero ser un obrero manual en países extraños; pero sentirme *libre*, saberme *libre*, *¡libre!* En vuestro *paraíso* el ingeniero *jefe* no es sino un galeote y la víctima propiciatoria de vuestra criminal imbecilidad.

La miseria popular.—¿Qué habéis hecho del pueblo ruso? No os habéis concretado a sacrificar a los *litchentzi* (1), a los intelectuales, *saboteadores*, a los *Kulaks* (2). Los obreros de fábrica más auténticos, los aldeanos miembros de los *Kolkhoz* (3), los soldados, los marineros y sus

---

(1) Los *Litchentzi* (del verbo *lichat*, que significa: privar) son privados de los derechos, por ejemplo, del derecho de voto y, de elegibilidad, porque son burgueses o de origen burgués. Arrojados de la sociedad socialista, ellos y sus descendencias, son los parias de la U. R. S. S.

(2) La palabra Kulak se aplica a los campesinos considerados como ricos, porque poseen un caballo o una vaca. En Rusia el privilegiado es el que no tiene nada, absolutamente nada. Es el paraíso de los incapaces.

(3) Kolkhoz: Sociedad Comunista de producción de trigo.

familias os piden un pedazo de pan, algunos gramos de sémola, carne o manteca. Viven sin ropa blanca o zapatos. La falta de jabón los condena a la mugre permanente.

Sin embargo, exportáis trigo y otras mercaderías con el objeto de desorganizar los mercados capitalistas y destruir la industria europea. A veces los precios a que vendéis esos artículos exportados no alcanzan a cubrir los gastos de embalaje y de transporte; pero, en cambio os regocijáis por las quiebras comerciales, las huelgas, los desórdenes que, con vuestra política comercial, provocáis en los países capitalistas.

Los proletarios y sus familias hambrientas son presas de la desesperación; pero sobre sus desgracias y sus lágrimas levantáis vuestros proyectos de destrucción.

Los miles de agitadores que preparáis con una rica y universal experiencia revolucionaria, poseen un método seguro y rápido que os hacen esperar el derrumbe de la civilización.

Los nuevos técnicos.—No conseguiréis nunca, Stalin, hacer saltar a Europa y a América por medios pacíficos. Consagráis una enorme parte de los recursos del país a gastos militares. La mayor parte de vuestros fondos de *industrialización*, es dirigida hacia las ramas de la industria que se encuentran estrechamente ligadas a la preparación de la guerra. Y, como no es ya posible seguir ocultando al pueblo ruso vuestras intenciones reales, gritáis cínicamente ante toda la humanidad que os sentís amenazados por un imaginario ataque de los países capitalistas.

Cosa difícil es que podáis contar, para esa lucha próxima e insensata, con la aprobación y la ayuda de los intelectuales rusos que han sobrevivido; por experiencia saben lo que puede traer la victoria de vuestros principios. Buscáis, pues, como reemplazarlos y por este motivo habéis celebrado jubilosamente el primer equipo de vuestra *Academia de la Industria*. Vuestros noveles

generales de la *Industria* son antiguos y leales chekistas. Las tiernas atenciones con que los colmáis y el contacto estrecho que mantienen con vos indican con toda claridad la naturaleza de la misión que les está encomendada. Poco tiempo antes del *progrom* de los antiguos técnicos intelectuales, algunos de los nuevos *académicos* me decían, no sin cierto placer, que se iba a renovar completa y prontamente, todo el *Consejo Superior de la Economía Nacional* (U. S. N. K. H.) el *gosplan* (encargado del Plan Quinquenal) y el Consejo de Administración de varios *trusts*. Titubeaban sobre la mejor vía que debían tomar para su carrera; pero, ¿para qué cosa pueden servir esos académicos?

Porque habéis conseguido formar algunos equipos de directores rojos, os imagináis que la clase obrera posee ya una experiencia suficiente para poder dirigir la economía del país y os apresuráis a arrojar como elementos inútiles a todos los antiguos técnicos. Según vuestra costumbre, organizáis el último y decisivo *progrom*. Todo esto hace pensar en el destino del caballo de palo que es maltratado por el pilluelo: empuja al animal en el sentido que se le antoja, lo revuelve y se lanza a horcajadas en él por donde se le ocurre y, cuando se da un costalazo y se achata la nariz, se ensaña a palos contra el pobre bruto de palo que no ha hecho otra cosa que servir de inocente juguete a sus locuras. En seguida, cuando se cansa de golpearlo, lo rompe sin compasión y lo arroja a la basura.

La antigua generación que ha crecido amando a la patria, respetando a la religión y a la moral, es reemplazada por los *jóvenes comunistas* convencidos de la exactitud de vuestra *línea general*. El amor al prójimo les es cosa desconocida. Con alma liviana, reniegan públicamente a sus propios padres y los condenan a muerte, cuando llega el caso. Creen a pie juntillas que el Estado Mayor francés, de acuerdo con los de Polonia y de Ru-

mania, es realmente responsable del hambre y de las ruinas y que se prepara de nuevo a atacar a la U. R. S. S. Piensan de buena fe que en ninguna parte del mundo existe tanta felicidad y tanta libertad como en Rusia y que pesa sobre ellos el sagrado deber de libertar a los obreros de Europa del yugo del capitalismo podrido y de hacerlos de esta suerte ingresar a su *paraíso*.

¡Proponedles, pues, a esos fanáticos el desarme total y universal! ¡Es un enigma cómo puede haber aún en el mundo gente bastante candorosa, bastante ciega, para creer en vuestra sinceridad y tratar de defenderos!

Pero, sigamos; vuestra persecusión no se concreta a la clase de los técnicos.

Los comerciantes y los campesinos.—Cuando la anarquía destruyó todo comercio (menos el trueque) encargasteis a los comerciantes que habían escapado a las matanzas, que reorganizaran la circulación de los productos. Les disteis seguridades sobre vuestra sinceridad. Candorosamente, esos comerciantes os creyeron y se empeñaron inocentemente en servir vuestros propósitos con todos los recursos, energía, ciencia y experiencia que les quedaba. Ahora bien, apenas habían transcurrido tres años y los ultimasteis. Fué un *progrom* silencioso, sin asesinatos brutales; pero más terribles que los famosos *progroms* de los tiempos del tzarismo. Cientos de miles de personas, que habían comenzado por ser arruinadas por vuestro impuesto progresivo sobre la renta, fueron en seguida, aprisionadas, despojadas de sus bienes, deportadas a regiones lejanas en donde las condiciones de la existencia son espantosas. Sus familias privadas de todos los derechos y de todos los recursos (litchentzi), fueron condenadas al hambre, a la muerte, al suicidio. ¿Se ha visto alguna vez en la historia conducta más inhumana?

Habéis confiscado todos los recursos nacionales y sabíais perfectamente que los *litchentzi*, sin bonos alimen-

cios y sin trabajo quedaban condenados a la exterminación. Su suerte, sin embargo, os era indiferente. Fué necesario que esos infelices y desesperados fueran a pedir limosna a los representantes de las naciones extranjeras. La opinión en el mundo entero se alarmó, pues, los *litchentzi* comenzaron a suicidarse en masa. Entonces fingisteis que escuchabais por primera vez el eco de las enormes injusticias que fomentabais desde hacía años y, entonces, solamente, ordenasteis a vuestros sátrapas aflojar las palancas de vuestros instrumentos homicidas.

Y, ¿qué podemos decir del campesino ruso con su eterna esperanza de la posesión de la tierra y el goce de la libertad? ¡Erais tan pródigos de promesas hace trece años! ¿Las habéis cumplido?

Los campesinos perseguidos, arrastran su existencia hambreada en los *Kolkhoz*, y se les priva del derecho de disponer libremente de sus personas, de sus familias y de sus bienes.

¿Se oyó alguna vez en las aldeas gritos más desgarradores que los de esas mujeres y de esos hijos de campesinos arruinados y deportados por vuestros *oprítchniks*? (1).

Y esos campesinos ¿quiénes son? Eran los mejores, los que sirven de base a la riqueza y a la fuerza en todos los países. Fueron su pan y sus productos los que engendraron el bienestar relativo de la época de la N. E. P. Y., en agradecimiento, vos, Stalin, prototipo de la ingratitud, y de la crueldad, los declarasteis *Kulaks* y los despojasteis de todos sus haberes. Los enviasteis a las mazmorras, a las regiones más apartadas de la U. R. S. S., para acopiar las maderas destinadas a la exportación, esas maderas que, labradas y preparadas por una mano de obra

---

(1) Los *oprítchniks* eran los serviles agentes de Ivan el Terrible, en el Siglo XVI, la época más sombría de Rusia.

gratuita (Iessozagotovki), son lanzadas a precios increíbles sobre el mercado mundial.

Antes que pasar a los *Kolkhoz*, los campesinos destruyen lo poco que les queda en las aldeas. Veis que se mata con furia salvaje el rebaño y las aves de raza. Sabéis que en los *Kolkhoz* reina la anarquía, que no existe allí ningún sentido económico. Inhabilitados para prestar una ayuda eficaz a esas disparatadas mistificaciones comunistas, porfiáis, sin embargo, por extender la explotación colectivista.

Este sistema es propicio a vuestros robos, a vuestros derroches y a vuestra integral tiranía. Como disponéis a vuestro antojo de las masas campesinas, como las ocupáis en donde se os ocurre, en la industria, en la *Construcción*, en todos los rincones perdidos de la nación, podréis, igualmente, cuando llegue el momento, lanzarlas a la guerra.

Una vez *liquidada* la clase de los *Kulaks*, emprendéis la depuración de los *Kolkhoz* arrojando de ellos a todos los *descontentos* de vuestra política rural. Los miembros de los *Kolkhoz* serán organizados en regimientos: sus tropas especiales impondrán la obediencia o fusilarán a los *podkulatchniki* (1). Bien apoyado por la ley, bajo el pretexto de dar mayor bienestar a las aldeas y escudándoos con *el testamento de Lenine* en lo que se relaciona con la transformación de la Rusia de la N. E. P. en la Rusia socialista, procedéis a transformar a los campesinos rusos en esclavos hambrientos.

El proletario dictador.—Hablemos, ahora, de la clase obrera, de la clase privilegiada, *propietaria* de las fábricas y de las usinas, dueña y señora de la Dictadura.

---

(1) Nombre inventado por los bolcheviques para designar a los campesinos menos acomodados que los *Kulaks*, pero animados de las mismas tendencias burguesas.

A pesar de sus privilegios legales, políticos, administrativos, económicos, los obreros carecen de entusiasmo.

Vuestro grandioso plan de *trabajo colectivo* ¿a qué se reduce?

En la industria y en los transportes reina el desorden, la inercia, la irresponsabilidad, la indisciplina, todos los vicios del burocratismo. Los obreros se compensan de la ruda realidad entregándose a la borrachera que ha alcanzado proporciones inreíbles; la *cesantía voluntaria* ocasionada por la embriaguez aumenta a pesar de todas las medidas draconianas que se han tomado para combatirla.

No tenéis ninguna seguridad en vuestro personal: su asistencia es tan variable que, a veces, están llenas las oficinas y otras están vacías. Todas vuestras medidas destinadas a dar a los empleados *hábitos sociales*: reuniones para el mejoramiento de la producción, racionalización, emulación socialista, equipos modelos (udarnitchestvo) (1), remolque social, (2), planes económicos opuestos de la producción (3), todas han fracasado. En vez de rebajar sistemáticamente los salarios cada vez que se realiza un nuevo *contrato colectivo de trabajo*, en lugar de hacer empeorar la situación de los obreros, en vez de agravar vuestras medidas disciplinarias y de castigar la más leve falta con penas excesivas, hubiera sido mejor suministrar alojamientos convenientes, alimentos de buena calidad y en cantidad suficiente: ropa, calzado y otros objetos de primera necesidad.

Para combatir la instabilidad, habéis insinuado a los

---

(1) Se llama así el lanzamiento en un taller de un equipo modelo de obreros para mejorar el trabajo y la producción de ese taller.

(2) O control obrero.

(3) *Los planes económicos opuestos de la producción* son los planes que los obreros elaboran ellos mismos para el establecimiento en el cual ellos trabajan, y que son confrontados con los planes elaborados por la Dirección.

obreros y empleados la idea de alojarse *voluntariamente* en las usinas, por lo menos, por el tiempo que duren las obras del Plan Quinquenal. Pero, ¡cosa inaudita en la historia de la industria! Al poco tiempo tuvisteis que instalarlos *obligatoriamente* al pie de su trabajo. Es preciso haber vivido en U. R. S. S. para tomarle el peso al decreto que prohibe a los obreros, para el caso de abandono voluntario de su trabajo, contratarse en cualquiera otra usina durante los seis meses siguientes. Es el colmo de la complacencia para ese mismo proletariado cuyos campeones pretendéis ser!

Vuestra obra maestra suprema es el famoso decreto sobre la liquidación de la cesantía. En el extranjero se cree fácilmente en el éxito de ese decreto. Si un país como Francia sufre por la cesantía, ¿por qué la U. R. S. S., con sus inmensas dimensiones y sus riquezas naturales había de no poder dar ocupación a sus obreros? Si las cosas no fueran así, no podríais justificar, ni ante la opinión mundial, ni ante los obreros rusos, el hecho de tener que recurrir a los extranjeros. Pero vuestra política sobre este punto no es sino una nueva mistificación y una nueva crueldad para vuestros propios cesantes.

Bien sabéis que la mayor parte de los cesantes inscritos en las Bolsas de Trabajo, eran empleados soviéticos (empleados de oficina, secretarios), sirvientes domésticos, obreros, etc., etc. Irritados vosotros porque esos cesantes no querían abandonar la ciudad, abandonar sus hogares y sus familias, irse a los campos para enrolarse en los *Kolkhoz* o en cualesquiera otra empresa de la *Construcción*, los habéis, sencillamente, borrado de una plumada, de vuestras listas de cesantes y los habéis privado, de esta suerte, de su miserable ración de socorro.

Sois vosotros los que habéis destruído la energía, el espíritu de iniciativa, la voluntad de trabajar. Lo único que habéis dejado subsistente es el miedo a las represiones, el pavor de morir de hambre.

¿Puede haber algo de más fastidioso y antipático que el trabajo forzado, la tarea que, de antemano, se sabe que es estéril y absurda?

En los países burgueses se puede usar del recurso de derribar a los ministros cuando no han podido mejorar la suerte de los trabajadores. En la U. R. S. S. vanamente la población obrera, hambreada y aniquilada, declara que no es por placer que abandona la usina, que no lo hace por cambiar de lugar. En realidad sois vosotros los que habéis convertido en nómades a esos pobres hombres a quienes, en seguida, calificáis de *desorganizadores de la producción socialista*. Comenzasteis por arrojarlos y apilarlos en húmedos cuarteles, en galpones provisorios, fríos y sucios. Los establos en los países burgueses son mejores que vuestros alojamientos para obreros. En estos países se prodigan más cuidados a los animales que el que vosotros prodigáis, no solamente a los obreros de estación, sino a los habitantes de las construcciones nuevas, a los obreros de los grandes centros industriales.

Para vosotros el hombre no es sino una máquina humana, destinada a la ejecución de vuestros planes infernales. No tenéis habilidad, siquiera para cuidar esta máquina e impedir que se destruya.

No mostráis más inteligencia con la explotación de vuestro material. Sin piezas de repuesto, sin las reparaciones necesarias y que solamente podría ejecutar un personal hábil y experimentado, las máquinas se gastan con una rapidez catastrófica.

Los operarios rusos que, hace tiempo, asombraban a quienes veían su trabajo y conocían su espíritu inventivo y su destreza, sorprenden, hoy, por su falta absoluta de valor profesional. Los reemplazáis por extranjeros mejor alimentados y mejor alojados. Al mismo tiempo los obligáis a manifestar su indignación contra *la intervención extranjera* organizada por los *ingenieros sobo-*

teadores! Comparados con los otros habitantes de la U. R. S. S. los obreros son, sin duda alguna, unos privilegiados; millones de rusos envidian los derechos de que gozan los obreros; para toda la clase campesina es un ideal inaccesible el poder alcanzar una ración obrera. Pero, a pesar de ello, los obreros comprenden que son inmoblemente humillados y envilecidos. Se dan cuenta que se ejerce, en nombre de ellos, crueles violencias y que se encuentran reducidos al estado de simples instrumentos.

Las consecuencia de este estado de cosas no se harán esperar. En las Usinas y en los transportes puede ya notarse un enorme aumento de *indiferentistas*, de *sabotaje*, de abandono, que compromete la realización de los planes financieros e industriales. No os queda otro recurso que multiplicar los *procesos ejemplares contra los destructores fraudulentos*, que encarcelar, deportar, fusilar. Pero no tenéis derecho de decir que obráis en representación del proletariado—¡Eso nó!—Los verdaderos proletarios no son tan crueles, tan cobardes, tan imbéciles como os esforzáis por hacerlo creer al pueblo ruso y a la humanidad.

Los miembros del Partido. Historia de un jefe comunista.—¿Los miembros del Partido Comunista están mejor alojados?

Sus menores actos son dirigidos por vuestros secretarios y por vuestros comitées. Cuando han obrado de acuerdo con vuestros *principios* con las órdenes ineptas que precipitan el fangoso caos, se los declara culpables y responden con su cabeza de todas las locuras ajenas. Por más abnegados que se muestren en servir vuestras ideas, caen siempre en desgracia, se les acusa de separarse de la *línea general*, son destituídos y relegados a lugares lejanos por haber protegido a los especialistas contra las persecusiones de vuestros esbirros con el propósito de asegurar el éxito de los negocios que

les son confiados. Cada miembro del Partido se encuentra rodeado por un hábil sistema de espionaje, de provocación, de denuncio. Repugnantes querellas, innobles intrigas, pérfidos lazos destrozan y deshonran al Partido.

¿Qué se puede decir de la conducta de revolucionarios como Rikov, Tomsky, Bukharin, Sirtzov, y muchos otros? Merecen que todo joven comunista les escupa la cara, cosa que ocurrió en el Congreso del Partido y, poco después, en las oficinas de las células comunistas, bajo vuestra hábil dirección.

Para ilustrar vuestro odio hacia todas las personas honradas, aun hacia las pocas que pertenecen al Partido, voy a recordaros un ejemplo de vuestra cobardía con referencia a los comunistas que yo conocía.

El nombre de Povelikhine es muy conocido en Extremo - Oriente. Este revolucionario luchó 5 años al frente de los rojos contra todas las fuerzas blancas de la región. Los japoneses creyeron que habían alcanzado un gran éxito cuando le tomaron prisionero en Vladivostok y lo enviaron con otros 19 prisioneros al banquillo de los ajusticiados. Una casualidad le salvó la vida: arrojado a un foso, la cabeza ensangrentada, esperó que los japoneses se hubieran alejado y se escapó del montón de cadáveres que le rodeaba.

Sin él los bolcheviques no se habrían apoderado de Vladivostok en Octubre de 1922.

Concluída la guerra civil, el trabajo se reanudó en el campo económico. Povelikhine fué nombrado interventor del *trust* de alimentos que reunía 12 usinas diferentes. En ese puesto se reveló como un organizador y un administrador notable: en 5 años (1923-1928) la cifra de los negocios del *trust* subió de 13 a 16 millones.

Ese *trust* comenzó por desarrollar en Extremo-Oriente las plantaciones de arroz y el cultivo de habas desoja. Construyó prensas y refinerías. Propuso la creación

de un potente organismo que reuniría las plantaciones de azúcar y las refinerías.

Pero, en 1928, la *línea general* de la política del Partido hizo sentir su peso en Extremo-Oriente. Povelikhine fué *acusado de desviarse;* (1) se le reprochaba su manera de vivir demasiado burguesa; se encontraba inscrito en la lista de los *comunistas barnizados* (2).

La *Povelikhinchtchina*, esto es, la manera de ser y de actuar como Povelikhine, llegó a ser un motivo de terror para todo el Extremo-Oriente, para toda la Siberia.

Derrumbado el director del *trust* y arrastrado ante el Tribunal, vuestros esbirros cayeron sobre sus subalternos. Unos fueron encarcelados, otros *barridos*, los de más allá, expulsados (y yo fuí de estos últimos).

El poderoso *trust* se dislocaba. En lugar de dar una ganancia neta de un millón, pedía, pocos meses después de la *depuración*, doscientos mil rublos de subsidios.

Todo el mundo evitaba encontrarse con el pobre Povelikhine. Sus antiguos colaboradores se vieron obligados a socorrerle a él y a su familia, material y moralmente, a impedirle que se suicidara como tantos otros que, como él, habían sido cobardemente tratados.

¡A cuántas personas tan meritorias como M. Povelikhine habéis aplastado con vuestra bota empapada en sangre! Así como Lenine creía que eran cosas indispensables para la construcción del socialismo, los arrestos,

---

(1) *Acusado de un desvío*, significa acusado de separarse en sus opiniones o en sus acciones, de la *línea general* del Partido o de la táctica que el *Politburo* ha adoptado por el momento. Como la política y la táctica oscilan sin cesar, los *acusados de un desvío* pululan. Esos acusados son tratados como los peores enemigos de la Unión del Partido y de la clase obrera sin el menor miramiento por su pasado revolucionario.

(2) El *comunista barnizado* es un comunista correcto en su teoría y en sus maneras, cualidades que no son, de ningún modo, virtudes comunistas.

las deportaciones y las ejecuciones de los socialistas no comunistas, del mismo modo, ven, Stalin, en figurón que realiza las enseñanzas de Lenine, apartando de vuestro camino a todos los verdaderos discípulos de Lenine. Nadie es ni será perdonado.

No sin motivo la U. R. S. S. repugna hoy, a los campesinos, a los obreros, y a los mismos comunistas: huirían en masa si pudieran y si el mundo no atravesara por un período de crisis tan intensa.

Hambre y tiranía.—¿Qué habéis hecho de la Rusia próspera, bella, hospitalaria?

Este país gigante ocupa la 6.ª parte de la superficie terrestre. Cuenta con más de 150.000.000 de habitantes. Sus recursos naturales son superiores a los de todos los países europeos reunidos. A pesar de esto, se encuentra sumergido en la miseria, hambreado, oprimido, aterrorizado.

Desde las fronteras europeas hasta el borde del Océano Pacífico, desde el Mar Blanco a las fronteras persas, en todas partes se vé el mismo triste espectáculo, la monotonía gris de la vida pobre y miserable. En todas partes un silencio sepulcral, calles lúgubres, almacenes vacíos, y, delante de ellos, las deplorables filas de mujeres y de niños, las tristes *colas* de las pobres gentes que, con santa paciencia esperan la mercadería problemática.

No es necesario ir de una ciudad a otra. Por todas partes el mismo desorden, la misma confusión, el mismo embrutecimiento. Una atmósfera intolerable de desconfianza, de espionaje, de hipocresía, de luchas intestinas, cobardes y encarnizadas, reina en todos los servicios.

Detened por un momento la vista sobre esos rostros descoloridos, enflaquecidos, prematuramente envejecidos, con ojos apagados, indiferentes, fijos, vagos y que ocultan una obsesión misteriosa y constante.

Esos desgraciados no conocen las alegrías de la vida. Se encuentran roídos, por la angustia, por la monotonía

de los días, por el aburrimiento profundo de una existencia sin porvenir y sin expectativas.

Escuchad atentamente esas conversaciones groseras que exhalan cóleras impotentes, palabras ultrajantes, sórdidos juramentos; y esto se oye en todas partes, en las tiendas, en los grupos callejeros, en los tranvías, en los trenes, en los talleres, en las familias.

El corazón se oprime a la idea de lo que puede llegar a ser el hombre en el paraíso en donde se desencadenan vuestras atroces iniquidades. Calculando con índole pérfida, habéis conseguido arrojar las diferentes clases sociales unas contra otras, despertar la bestia que domata en todo hombre, y entrenar y adiestrar a esta bestia de modo que pueda servir a la realización de vuestros infernales propósitos.

En este país que producía el trigo para toda la Europa, en este país en donde aun los pobres vivían cómodamente y con facilidad a causa de la baratura de los artículos, hoy se pesa cuidadosamente el pan y, aun así, no alcanza para todos. Se conservan como objetos preciosos los *bonos de pan* en las cajas de fierro, en las cajas de ahorros. Quien alcanza a obtener algunos cientos de gramos más de lo que le corresponde por su ración legal, es reo de muerte, lo mismo que aquel que, estando en conocimiento de este crimen, no se ha precipitado a denunciarlo a la G. P. U.

En un principio erais vosotros los campeones de la igualdad universal, sobre todo en lo concerniente a la alimentación, a la vestimenta, a los salarios. Ahora, después de trece años de dictadura, separáis la población en siete categorías diferentes para la distribución de los productos alimenticios: es la apoteosis de vuestra política económica en el país más rico del mundo.

Habéis dejado subsistente, sin duda, la libertad de venta en lo que se relaciona con los productos alimenticios; pero ¿a qué precios? Un kilogramo de mante-

quilla, 20 rublos; un kilo de queso o de salchicha 10 rublos; de jamón, 15 rublos; de azúcar, 2½ rublos, etc., etc. ¡Qué enorme burla esa *venta libre*, abierta para todos, no significa para el pobre pueblo cuyo salario varía entre 46 y 93 rublos mensuales! Y sabéis bien que yo sé lo que afirmo. Yo he pagado los salarios y he presenciado las torturantes angustias, de esos infelices seres a media alimentación, con unas cuantas monedas en la mano abierta.

¿Cuánto podrán esos obreros hambreados comprar de jamón, queso, mantequilla, etc., sobre todo si se tiene una familia que alimentar y si, además, vé su salario disminuído por los empréstitos obligatorios del Estado, por las cotizaciones de todo orden y otras tantas gabelas? Contestaréis que la ración de su *bono alimenticio* debe satisfacerle y que no tiene para qué acudir a la *venta libre*. Pero, ¿cómo podéis decir esto? ¿Acaso no sabéis que ningún obrero podrá subsistir con los cuantos gramos de la ración que, por otra parte, casi siempre, no es entregada a tiempo? ¿A quién pretendéis engañar con tales respuestas?

Cuando estabais en la cárcel, Stalin, el Gobierno zarista os alimentaba con mejores y más abundantes alimentos.

Ni vos, Stalin, ni vuestro maniquí, Kalinine, no habéis podido responder a la siguiente cuestión planteada por los campesinos rusos: "¿Cómo puede explicarse que " antes de la revolución, en la época en que—como lo " afirman los socialistas—los capitalistas robaban a los " campesinos y *bebían su sangre*, un metro de tejido de " algodón impreso, de excelente calidad, no costaba más " que 14 kopecks, que se podía comprar tanta cantidad " como se quería, que se vendía a todo el mundo, a los " pobres como a los ricos y en cantidad ilimitada; mien- " tras que ahora, habiendo los obreros arrojado a los ca- " pitalistas y habiéndose apoderado de la dirección de las

.. fábricas, un metro de algodón impreso cuesta 54 ko-
.. pecks, no vale nada como calidad, no puede ser com-
.. prado sin ser miembro de varias sociedades y poseedor
.. de *carnets* o cartas que correspondan a la cantidad
.. que se necesita y que establezcan la autorización in-
.. dispensable?".

¡Y si esto no fuera cierto sino únicamente en lo que se refiere a los tejidos de algodón! Todos los objetos de uso corriente e indispensable se encuentran en el mismo caso. En las aldeas ya no se pueden usar los zapatos de cuero y se ha tenido que recurrir al uso del calzado de cáñamo, a las telas de fabricación rústica; al molino y al mortero de mano. Es una vuelta al primitivismo, a las sociedades salvajes.

Todo esto, sin embargo, no impidió que Kalinine declarara en el décimo tercio aniversario de la revolución de Octubre, en frases rimbombantes, lo siguiente: "¡Mi-
" rad cómo están calzados y vestidos nuestros obreros
" y nuestros campesinos!". ¡La aldea sobre todo nos sorprende a este respecto! Talvez penséis evidentemente que es cosa imposible de creer que un pueblo de ciento sesenta millones de almas, que posee riquezas naturales tan enormes, no esté en situación de proveerse de vestidos y de alimentos, sobre todo cuando trabaja más allá de sus fuerzas. De esta suerte engañáis a Europa y al mundo entero.

Pero el pobre pueblo, que se aprieta la barriga, no se le puede engañar.

A ese pueblo le habéis prometido (y se lo habéis cumplido en el papel) miles de libertades de todas layas; pero, en la realidad, se encuentra privado de los más elementales derechos; no le queda otro derecho que el de morirse de hambre.

Sobre ciento sesenta millones de los *sin partido* habéis erigido la dictadura de un puñado de comunistas que

lo pueden todo sobre esos *sin partido*, que disponen arbitrariamente de su destino y de su vida.

Habéis levantado entre el pueblo ruso y el mundo civilizado una muralla china que os permite engañar a uno y otro, sobre todo al pueblo ruso a quien declarábis *que puede llegar a la altura de los Estados Unidos y, aun sobrepasarla.* Sin esa muralla china, si el pueblo ruso hubiera podido comparar vuestros *éxitos* con los resultados del *capitalismo podrido*, se habría reído a carcajadas en vuestras propias barbas y os hubiera hecho pedazos.

La inmoralidad y las nuevas generaciones.—Habéis proclamado la libertad de religiones, la religión separada del Estado y una cuestión privada de los ciudadanos. Ahora bien, vuestra libertad religiosa es solamente una mistificación. ¿Cuántos obreros y cuántos campesinos han sido excluídos del Partido porque practicaban los ritos cristianos, porque recitaban la imiteuciones para arrojar los *iconos* a la calle, porque continuaban asistiendo a las ceremonias religiosas? Vosotros lo sabéis bien. La libertad de la Iglesia se redujo a la clausura forzosa de las iglesias, al arresto, deportación y ejecución de los miembros del clero; las variadas medidas administrativas adoptadas por vuestros *oprichniky* bajo vuestra dirección y la de Iaroslavsky, para exterminar la religión y a los creyentes son de todo el mundo conocidas. ¡Las persecusiones de los cristianos por Nerón parecen cosas pequeñas comparadas por las vuestras!

Solamente el Altísimo sabe cuántas lágrimas, cuántas torturas han derramado y han sufrido esas pobres gentes cuyo único crimen consistía en buscar y encontrar en la religión el consuelo, el socorro, la fuerza para soportar su espantable destino.

Y, ¿qué ofrecíais, en cambio, al pueblo? ¿Qué le enseñabais? ¿Qué modelo de bondad de verdad, de elevación moral le presentabais?

Así como las flores no brotan mientras hiela, así también, ninguna idea noble, ninguna individualidad grande y robusta puede desarrollarse en vuestro reino de mentiras, de hipocresía, de violencia y de odio.

¡De qué audacias no son capaces vuestros bezbojniki (ateos militantes)! ¡Cómo aumentáis sus filas! Se sabe que pocos se atreven a negarse a ingresar a ellas. Pero, ¿en qué consiste su trabajo? En escandalosas y estúpidas barrabasadas. Sus atracciones de pangas son un insulto a los sentimientos religiosos del pueblo y deshonran al gobierno que tiene la insolencia de organizar y alentar tales galopinadas. Vuestra campaña antireligiosa no ha herido profundamente el alma popular. Por el contrario, los creyentes se unen más alrededor de la Iglesia amenazada. Sin campanas, sin aparatosas manifestaciones, en las pocas iglesias que permanecen intactas y con sus puertas abiertas, el pueblo ruso, los ojos húmedos de lágrimas, ruega al Señor por los inocentes fusilados y sin juicio previo, por todos los mártires, por todos los encarcelados y deportados, por sus parientes que sufren en el destierro y languidecen lejos de la patria.

Vuestro reino de las tinieblas pasará, tiene que pasar. El pueblo ruso ortodoxo, una vez libre, exclamará: "La " tierra vió a Judas y al mal ladrón. Tú solo, Stalin, " faltabas allí".

Sabéis que los problemas esenciales de la humanidad encuentran su solución, ante todo, en la educación. Por eso es que el Partido se encaró principalmente con la educación de la juventud.

Os habéis, pues, preocupado de acostumbrar desde su más tierna edad a los niños rusos a la mentira obligándolos a silenciar el origen y la manera de vivir de sus padres; a la pillería, obligándolos a repetir lo que se habla en sus casas, en la familia, lo que dicen sus padres y sus compañeros de colegio; a la hipocresía, inclinándolos a pesar de ellos mismos, a *simpatizar* con el

comunismo para ser admitidos en las diversas instituciones de propaganda y de acción del Partido. En una palabra los acostumbráis al desprecio de toda autoridad social y moral.

Por el *odio de clases* sembráis en las almas el odio al hombre, sencillamente, y, además, el odio al mundo civilizado, esto es, todo lo que puede haber de más opuesto a los sentimientos de fraternidad o de solidaridad que son la honra de la humanidad contemporánea.

La *preparación política* de la juventud y vuestro intenso militarismo, juntos con una *educación moral* de tal especie, ponen de resalto los fines que asignáis a la escuela popular.

También *purgáis* (1) sistemáticamente a la escuela superior. Con mil pretextos expulsáis de ella a los estudiantes, a los lectores, a los profesores que no están de acuerdo con vuestra *línea general*.

Poco os importa que los estudiantes y los maestros mejor dotados *abandonen* las escuelas superiores y secundarias, bajo la presión de un régimen de violencia y de oscurantismo que no podrán ellos aprobar. ¡Qué perezcan todas las culturas, con tal que triunfen los principios de Lenine, la *química soviética*, las *matemáticas proletarias*, la *línea general* que exigen el origen proletario de los alumnos y maestros!

Pretendéis *liquidar a los iletrados* y, con este propósito, hacéis una bulla de los demonios. En realidad lo que liquidáis es la ciencia y, esto, rápidamente.

¿Qué valor poseen los especialistas rojos de vuestras altas escuelas técnicas? En los exámenes de admisión se vió luego que algunos de esos especialistas rojos, no solamente no sabían nada de matemáticas, sino que ni habían

---

(1) Se *purga*, se *limpia* a las escuelas de la misma manera que a los otros establecimientos. A todos los *ex-purgados*, el acceso a cualquiera otra escuela se hace enteramente imposible.

jamás oído ni las palabras de trigonometría, de logaritmo, de coeficiente, etc. A pesar de ello fueron admitidos y se tuvo que organizar para las nueve décimas partes de esos *especialistas rojos*, cursos preparatorios especiales. *¡Risum teneatis!*

¿Qué importancia pueden tener para el país, casas, fábricas, vías de comunicación mal construídas? La técnica contemporánea puede corregir todo eso; pero vuestros imberbes *especialistas rojos* no son capaces de hacer nada. El mundo entero debe comprender el peligro que importan para la ciencia y para las costumbres esas generaciones que durante trece años preparáis y educáis en el desprecio de todas las leyes divinas y humanas.

Habéis inundado la tierra rusa de sangre y de lágrimas. Por encima de sus campos se ciernen las sombras errantes, y los espectros de los inocentes fusilados. El aire vibra con los gemidos de los desdichados que habéis arrojado en las prisiones y que habéis encerrado en vuestros campos de concentración. Los sobrevivientes suplican a la humanidad, le tienden sus brazos tremulantes, en demanda de una ayuda, de salvación.

Un llamado a los hombres de corazón.—Yo permaneceré donde estoy, para dirigir en nombre de todos esos mártires que están obligados a callar, un llamado ardiente al mundo civilizado, para testimoniar la espantosa suerte del pueblo ruso, para despertar las conciencias adormecidas.

Yo creo firmemente que aun existen hombres capaces de indignarse ante tanta infamia, hombres que no han perdido, todavía, el elemental sentido del bien y del mal.

Yo gritaré con todas las fuerzas de mis pulmones que el pan que se exporta de Rusia es arrancado de la boca del campesino, que es su riqueza más indispensable, que es su sangre y su vida.

Yo proclamaré que las mercaderías lanzadas a precios viles sobre los mercados mundiales para desorganizar el

comercio y la industria, son el fruto de las diarias y continuadas privaciones del pueblo ruso, a quien se le quita lo necesario, que esas mercaderías son el resultado del trabajo forzado y que, el campesino, el obrero y todo el pueblo ruso están sumidos en la más miserable y cruel de las esclavitudes.

La humanidad civilizada de hoy, ¿tendría un corazón bastante seco, una moral bastante indiferente para utilizar esas mercaderías? ¿No tendría, por desgracia, bastante coraje moral para aplastar con su justo desprecio a esos especuladores que no persiguen sino sus ganancias personales, que se aprovechan de la desgracia de la nación rusa para enriquecerse y para ver que, de este modo, sirven a los tiranos, a los verdugos, a los destructores de la civilización?

Yo he de desenmascarar vuestros propósitos guerreros, diré las armas que forjáis, los millones de soldados que equipáis, los métodos que empleáis. En Extremo-Oriente, durante el último conflicto chino-ruso, he podido ser testigo de vuestros procederes: fantásticas promesas para los más ineptos y más ávidos, para aquellos que es necesario exterminar o que son accesibles al temor; corrupción, perfidia. A retaguardia y en los frentes enemigos, miles de agentes ejecutando las órdenes de vuestro estado mayor, desorganizando las fuerzas del adversario. Sabéis que, en definitiva, son las condiciones políticas, el estado general, lo que decide el éxito de la guerra, y que vuestra fuerza no depende de un combate abierto contra el enemigo, visera alta, sino en el trabajo ejecutado a retaguardia, en el corazón del país enemigo, utilizando la cooperación de los traidores, de los mercenarios y de los cándidos afiliados a vuestros principios. En una palabra: no sois aptos sino para una guerra de cobardes y de hipócritas. En el momento presente no hay problema más importante, más urgente, que el de la lucha sin contemplaciones contra el bolcheviquismo.

Pero este problema no es insoluble, pues, el mismo pueblo ruso es el enemigo del bolcheviquismo.

Después de haber soportado las dificultades extremas de la guerra mundial, de la guerra civil, de todos los horrores que siguieron, el pueblo ruso, en efecto, encontrará, aún, en sí mismo, bastantes fuerzas para sacudir a sus tiranos y para volver a unirse con la humanidad civilizada en marcha hacia un porvenir mejor.

Ese será el día más feliz, no solamente para el pueblo ruso, sino también para esos numerosos nobles corazones que se encuentran cerca de los sufrimientos y desventuras del pueblo ruso y a los cuales los destinos de la cultura, de la civilización y de la libertad del hombre no son cosas indiferentes.

Trabajaré sin descanso para acercar el advenimiento de ese feliz día; no desmayaré en el empeño de apresurar la ruina total y definitiva del comunismo destructor; todas mis energías las emplearé en la santa y redentora tarea de buscar la unión de los pueblos sobre las bases de una estimación recíproca, de una cristiana fraternidad y de las libertades indispensables a toda persona humana.

J. Rossatkevitch.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EDITORIAL «SPLENDOR»

Cada día están adquiriendo mayor importancia las publicaciones de esta Editorial. Hoy día sus folletos son solicitados en toda la República. Ya están por aparecer los primeros. Este éxito se debe a la selección de las materias que tratan, siempre de los mejores autores, y también a su bajo precio, que los pone al alcance de todos los bolsillos. Se han publicado los siguientes:

Serie Moscovita:

N.° 1.—LAS FUERZAS ESPIRITUALES DE RUSIA, por Mauricio Paleologgue, traduc. de M. Vega.

N.° 2.—ASI ES RUSIA. Lo que vió y experimentó un ingeniero alemán en la Unión Soviética, por Johann Phillipp ..... $ 0.40

N.° 3.—(En prensa). LAS MARAVILLAS DEL PLAN QUINQUENAL. Testimonio de un técnico ruso, por J. Rosenkevitch 0.60

Serie Social:

N.° 1.—LA LUCHA DE CLASES Y SU VERDADERA SOLUCION, por R. V. Ugarte 0.40

N.° 2.—SOCIOLOGIA CRISTIANA, por Alejandro Humeau 0.40

Novela Splendor:

N.° 1.—UNA CORRIDA DE TOROS EN MADRID, por E. Sienkiewicz 0.40

N.° 2.—LAS MEMORIAS DE MAMA BLANCA, por Teresa de la Parra. (Escritora venezolana, autora de «Ifigenia») 1.40

En preparación:

VICENTINO, novela de la autora brasileña, M. E. Coleo.
NOVELAS CORTAS, de Conrado Espino.
LOS SIETE MISTERIOSOS, por Sax Rohmer, trad. del inglés.

Con el objeto de facilitar su adquisición se ha establecido un servicio de suscripciones a todas las publicaciones de esta Editorial, comprendidas en las series anotadas. El precio de la suscripción, por VEINTE FOLLETOS DISTINTOS, es de $ 12.— en Santiago, y $ 14.— en Provincias.

Para suscribirse basta que nos envíe el cupón que va a continuación:

Sr. Admdor. de la Librería de la Soc. Cultura Católica.—Delicias 1626.—Casilla 3746.—Santiago.

Ruego a Ud. suscribirme a ..... folletos de cada número de la Editorial Splendor, remitiéndolos a la siguiente dirección:

Nombre y apellido .....

.....

Calle ..... N.° ..... Casilla .....

Ciudad .....

El valor de la suscripción la remito a Ud. en giro o L/. N.° .....

por $ .....

12165 - IMPRENTA CENTRAL DE FERROCARRILES - 1935.

PRECIOS:

SANTIAGO	**$ 0.40**
PROVINCIAS	**0.50**